

20728

HISTORIA

1847

DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora, en Barcelona.

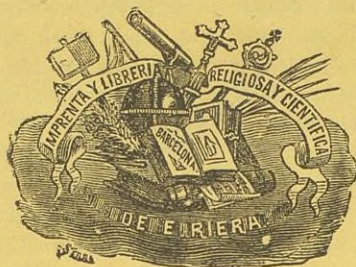
Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIBERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1878.

Cuaderno 76.

L47
1849

L47-1849

EDITOR: D. EUSEBIO RIERA,

Robador, 24 y 26.—Barcelona.

LAS PRIMERAS BELLEZAS DEL MUNDO

Ó SEA

LA SANTA BIBLIA

(ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO)

PUESTA EN FORMA EPISÓDICA Y DIALOGADA

POR

D. JUAN JUSTO UGUET.

Ilustrada con 240 magníficos cuadros del eminente artista alemán

JULES SCHNORR DE CAROLSFELD.

Con las licencias necesarias.

PROSPECTO.

EL libro que ofrecemos al público no debe confundirse con la generalidad de los que hoy suelen darse á luz; es una serie de episodios ó cuadros tan interesantes como bellísimos, que abrazan en su conjunto todos los hechos consignados en la SAGRADA BIBLIA, en los cuales se encuentran reunidas cuantas condiciones pueda desear el lector más exigente: *solaz, instruccion y moralidad.*

De cada uno de estos cuadros se desprenden vivos y notables ejemplos que, siendo respectivamente aplicables á los distintos casos de la vida, pueden servir de útil y provechosa experiencia tanto al individuo como á la familia.

En estos cuadros se ven descritas con la mayor sencillez y verdad, en la forma más atractiva y llena de intereses, desde las escenas más comunes de la vida íntima, á las peripecias más dramáticas, trágicas ó épicas, en las cuales juegan todas las pasiones, poniendo por consiguiente de relieve la constante lucha entre la virtud y el vicio, y trazando los medios de combatir éste y practicar aquélla de la manera más digna, conveniente, y, sobre todo, debida.

Descartando de él cuanto pudiese servir de impedi-

mento á individuos de cierta edad ó de ciertas condiciones, este libro, con cuya lectura se obtiene el conocimiento de toda la SAGRADA BIBLIA, lo mismo puede ser leído por los grandes que por los pequeños, por los adultos que por los niños de ambos sexos, por las gentes de inteligencia más clara que por los individuos de más escasa inteligencia, puesto que está escrito para que sea utilizable y comprensible para todos.

A tales circunstancias hay que añadir la de su notable ilustracion, que es sin duda la mejor que en su género se ha presentado en Europa.

Los 240 cuadros, debidos al distinguido lápiz del eminente JULES SCHNORR DE CAROLSFELD, que irán intercalados en el texto, aunque debieran por su importancia ir tirados aparte si no se tratase de hacer la presente obra asequible á todas las clases de la sociedad, son otros tantos bellísimos cuadros dignos de la universal reputacion de su autor, que, sin temor de que se nos tilde de exagerados, nos atrevemos á decir que pueden servir de modelo á los primeros maestros.

Esta ilustracion, que reúne por sí sola el notable mérito y las incontestables condiciones, ventajas y atractivos

de primer orden que puede á primera vista apreciar el público, esperamos que dará á nuestra publicacion la debida importancia, y hará que sea recibida con la justa distincion á que la consideramos acreedora.

Debemos advertir que la índole, importancia y utilidad de esta obra hace que sea de conveniente adquisi-

cion, áun para aquellos que poseen cualquiera de las versiones de la SAGRADA BIBLIA.

El buen nombre de esta antigua y acreditada casa editorial es ademas una firme garantia respecto al cumplimiento de las bases de publicacion que á continuacion se estipulan.

BASES DE LA PUBLICACION.

Esta obra constará de tres tomos de regulares dimensiones, tamaño, papel y tipos iguales á los del presente prospecto, y adornados con 240 magníficos cuadros intercalados en el texto, del nunca bien reputado artista aleman JULES SCHNORR DE CAROLSFELD.

Las entregas de esta obra contendrán más de doble lectura que la mayor parte de las que se publican del mismo tamaño; pues á la par que ponemos su texto á dos

columnas, los tipos que para ella hemos escogido tienen la ventaja de ser muy compactos, sin que por ello, como se ve, dejen de reunir la claridad y esbeltez apetecibles.

La obra se repartirá en cuadernos, conteniendo cada uno de ellos 4 entregas de 8 columnas, ó sean 32 columnas, que equivalen á mucho más de 32 páginas de las que se acostumbran dar en esta clase de obras. Precio

Medio real la entrega en toda España.

Se repartirá con exactitud un cuaderno semanal.



Juan Bautista da testimonio de Jesucristo.

Se suscribe:

En Barcelona: en casa de su *Editor* D. Eusebio Riera, calle de Robador, n.º 24 y 26, principales librerías y centros de suscripcion.

Fuera de Barcelona: Provincias, ultramar y extranjero, en casa de los señores Corresponsales del expresado *Editor*, ó remitiendo al mismo en sellos de Franqueo, libranzas de Tesorería u otro medio el importe de los cuadernos que se quieran, y serán correspondidos puntualmente.

En el entre tanto Roma veía renacer los días de la antigua serenidad. La justicia encontraba reino, el crimen castigo, los malhechores persecucion. Los barones eran objeto de especial vigilancia. La ciudad se tranquilizaba, las leyes ejercían imperio. El tribuno creó un tribunal al que denominó «cámara de justicia y de paz,» *la casa de la giustizia e de la pace.*

No nos es dado detallar las medidas saludables adoptadas por Rienzi en el período inaugural de su tribunado. El Petrarca, fuera de sí de contento, aplaudía desde Aviñon la empresa de su amigo. «Hombre ilustre, le decía, ayuda á la patria á levantarse, y demuestra al mundo



ENRIQUE VIII Y LOS EMBAJADORES.

lo que puede todavía Roma... Rómulo la fundó, Bruto la libertó, Camilo la restauró; tú, hombre ilustre, tú haces más que lo que hicieron Rómulo, Bruto y Camilo. Rómulo cercó á Roma naciente con débiles muros, tú la proteges con inexpugnable baluarte; Bruto no la libertó sino de un sólo tirano, tú la emancipas de innumerables opresores; Camilo la levantó de sus cenizas aún humeantes, tú la restauras de entre ruinas antiguas, bajo las cuales toda esperanza desapareció. Salve, pues, Rómulo nuestro, Bruto nuestro, Camilo nuestro; salve, restaurador de la libertad, de la paz, de la concordia.»

La Italia, despertada al eco de los regocijos de Roma, entona himnos de gloria al gran restaurador; la esperanza renace del fondo mismo de la desgracia, y Rienzi recibe los dona-

tivos de todas las ciudades. Racional era en verdad esperar grandes cosas de quien tan prósperamente inauguraba su reinado.

Por desgracia el vapor de la gloria le embriagó; en la altura de su poder dejó cercar su cabeza las nubes de la lisonja, y empezó en él un verdadero delirio gubernamental. No fué ya un plan, sino una utopia el programa de Rienzi. Infatuado por los honores recibidos, quiso recibirlos tan extraordinarios que excedieran á todos los de los antiguos emperadores y césares. Quiso ser llamado: *Tribuno clemente y severo, libertador ilustre de la ciudad, candidato, caballero del Espiritu Santo, celador de la Italia, amante del universo, tribuno agosto*.

Pretendió ser coronado emperador, y quiso que su corona se formara con seis coronas; quiso bañarse en el mismo baño en que es tradicion que Constantino fué bautizado; quiso, durante la celebracion de una misa á la que asistía, intimar á Luis de Baviera, á Cárlos de Bohemia y á los electores del imperio á que compareciesen ante él, los emperadores para justificar los títulos que usaban y los electores el derecho de eleccion, pues que «ese derecho, dijo, siempre ha pertenecido al pueblo romano.» Y luégo, en aquel sagrado acto, desenvainando la espada la blandió en direccion á Europa, Asia y Africa, diciendo: *Esto es mio, esto es mio, esto es mio.*

Estas escenas, escogidas de muchas otras de la misma índole, demuestran que Rienzi se hallaba poseído de una fiebre de dominacion. Soñaba en el imperio universal. Como era lógico, Rienzi no se detuvo ante los límites del poder pontificio, obró con entera independenciam, cometiendo verdaderos atentados contra personas dignas de altas consideraciones. No reconoció ya el origen pontificio del poder romano, sino que proclamó la voluntad del pueblo como la única fuente del mismo.

Así se enagenó á un mismo tiempo las simpatías del pontificado y las de los barones, cuyo poderío combatía con extraordinaria vehemencia. La popularidad del tribuno declinó rápidamente. El Papa envió á Roma á Bernardo de Deux con la mision de imponer á Rienzi una línea política conveniente á los intereses del pontificado, y en caso de resistencia, descargar sobre el tribuno los rigores de la excomunion. Rienzi desdeñó las intimaciones del representante de la Santa Silla, y fuerte con la brillante victoria que acababa de conseguir sobre los barones coaligados contra su poder, mostróse resuelto á seguir con independenciam su gobierno puramente personal. Mas no supo Rienzi aprovecharse de sus favorables circunstancias, sino que, deslumbrado por la gloria, siguió acrecentando su tiranía. El anatema lanzado contra él por el cardenal de Deux acabó de derribar los restos de su autoridad. Todo se hallaba preparado en Roma para arrojar de sí con desprecio al tribuno que tanto enalteciera y glorificara. Para conseguirlo bastó un motin formado al grito de «¡Viva los Colonna, mueran el tribuno y sus partidarios!» El tribuno, comprendiendo cuán difícil había de serle promover una reaccion á su favor, salió de Roma al son de una música militar y diciendo en alta voz: «La ambicion de los nobles me obliga á dejar la soberanía que el pueblo me había confiado.» El motin tuvo por director al conde de Minorbino, genio turbulento y agitador.

Alejado Rienzi, el Cardenal reiteró contra él la excomunion.

El pontificado se vió libre por entónces de un enemigo tanto más temible en cuanto manejaba armas peligrosísimas. Sus ideas, sus sentimientos eran chispas propias para hacer explotar las pasiones populares. Rienzi continuaba la política de Arnaldo de Brescia, si bien con mayores atenciones al orden de cosas establecido, y por lo tanto con mayores facilidades para revolucionarlo. Tanto más probable es el éxito de las revoluciones, cuanto más éstas se aprovechan de los elementos existentes, y saben encadenar lo que quieren derribar con lo que pretenden entronizar.

Léjos de pacificar á Roma la salida de Rienzi, abrió campo á la agitacion de las pasiones comprimidas en los nobles.

Y no sólo en Roma tenía el pontificado que sostener rudos combates; en las ciudades todas de Italia proclamaban más ó ménos desembozadamente su independenciam respecto á la

Santa Silla, los señores á los cuales el Papa confiara su custodia. Así los Pepoli dominaban en Bolonia, los Alidosi en Imola, los Manfredi en Faenza, los Polenta en Rávena, los Ordelaffi en Forli, los de Este en Ferrara, los Malatesta en Rimini, Juan de Vico en Viterbo. Basta considerar este conjunto de poderes independientes para comprender cuán difícil había de ser la accion del pontificado. Clemente VI debió ocupar mucha parte de su tiempo en reducir á buen terreno los elementos desconcertados de la Italia. Pero era tal el arraigo conseguido por los pequeños soberanos, tal el apego que tenían á su independendia, que los esfuerzos del legado pontificio se estrellaron contra la actitud rebelde de los intrusos ó usurpadores. El conde de la Romanía vió inutilizados sus planes de restauracion de la autoridad pontificia, de modo que, despues de sacrificios inmensos, tuvo el pesar de retirarse, no dejando sino fieles al Papa las ciudades de Montefiascone, en el patrimonio, y la de Montefalcone, en el ducado de Espoleto.

A tan exiguas proporciones quedaba reducido el poder temporal del papa al morir Clemente VI.

Su sucesor, Inocencio VI, dedicó su talento y su energia á reconquistar el terreno perdido. La situacion de Roma llamó la atencion de aquel gran Papa. El cardenal Bernardo de Deux no había conseguido restablecer el órden en los romanos. Cada día estallaban nuevos tumultos y se encumbraban nuevos caudillos, sin que las masas tuvieran en estos frecuentes cambios otro designio que variar de juguete. Las riendas de la ciudad de los césares estaban ora en manos del bonachon Cerroni, ora en las del audaz pero vulgar Savelli, ora en las del turbulento aventurero Boroncell. Este se propuso imitar á Rienzi, aunque, si bien tenía toda la vanidad y altivez de su modelo, faltábanle sus cualidades y sus virtudes. En fin, Roma supo que Inocencio VI había confiado la direccion de sus negocios al cardenal Albornoz, y á éste se dirigieron los ciudadanos más respetables, suplicándole un remedio á los insufribles males de la ciudad. El Papa nombró senador de Roma á Guido de Isola.

Por aquellos días apareció Rienzi reconciliado con el pontificado. Despues de un cúmulo de aventuras, el caído agitador pasó á manos de Clemente. A pesar de la elocuencia que desplegó en su justificacion, Rienzi fué encerrado en una prision, en la torre de Tronillas. Atado con una cadena al muro de aquella triste torre, obtuvo permiso para leer algunos libros, en analogía á la situacion de su espíritu. La corte pontificia le atribuía determinadas herejías y, sobre todo, la defensa del principio de la soberanía popular. Despues de mucho tiempo de encarcelamiento, Clemente VI le devolvió la libertad: Inocencio VI determinó utilizar el genio de Rienzi, y creyéndole purgado de sus extravagancias y locuras por medio de la adversidad sufrida, le opuso al tribunado de Baroncelli.

La entrada de Rienzi en Roma tuvo las proporciones de un glorioso triunfo. «Regresa á tu Roma, le dijeron, devuélvele su primitivo vigor; sé todavía nuestro soberano; nosotros te ofrecemos auxilio y poder; nada temas; tuyos son nuestros corazones.» El día de su llegada todo el pueblo, agitando ramos de olivo, salió á recibirle hasta *Ponte Molle*. En su pasaje se levantaron arcos de triunfo cubiertos de flores y adornados por las más preciosas joyas de las damas romanas. Hubiérase dicho que era Scipion el Africano regresando de sus victoriosas expediciones. Llegado al Capitolio, arengó al pueblo. Su alocucion respiraba dos sentimientos: respeto al Papa y entusiasmo por la libertad. «Yo soy flaco, nada puedo, decía en sustancia, pero todo lo podré sostenido por la omnipotente mano del Pontífice.»

Pero Rienzi volvió á embriagarse con el incienso de la lisonja. No tardó en desaparecer de él la apariencia del tribuno, y en aparecer en toda su desnudez la fiereza del déspota. Como si estuviera sediento de sangre, multiplica las ejecuciones de muerte. Fra Morcale y Pandolfuccio de Guido pagan en el patíbulo la influencia que ejercían sobre sus conciudadanos, y que pudiera serle un día peligrosa. Roma se extremece de espanto, y cesa en un momento toda representacion social junto á su persona. Los romanos, cansados de callar y de sufrir, encuentran quienes pronuncien la sentencia final del opresor. Los emisarios de Colonna

y de Savelli, se amotinaron al grito de «Muerte al traidor Rienzi.» En vano sale éste tremolando el pendon de la libertad patria para arengar á los conjurados. El pueblo es más elocuente que su tribuno y dispara contra él una lluvia de proyectiles. Herido en una ventana del Capitolio, no tiene más tiempo que el suficiente para disfrazarse y huye, cuando ya un mar de llamas iba envolviendo su palacio. Pero descubierto en su fuga, es detenido, insultado, herido y arrastrado, y su cadáver arrojado á la hoguera.

Rienzi desapareció ignominiosamente de la escena política víctima de la ceguera de su egoismo. El amor á la patria le había abierto el camino de la gloria; las circunstancias le habían construido el escabel de su grandeza. Apto para fraguar una revolucion era inepto para dirigirla y consolidarla. De él ha sido escrito con justicia: «Necesitaba poseer la ciencia política, y sólo tenía instrucción comun; necesitaba valor, y no tenía sino temeridad; necesitaba carácter y no tenía sino jactancia.» Acariciaba la idea de ser el hombre de su siglo; pero no conociendo bien el valor de las dos causas que se litigaban en Italia, oscilaba entre ambas. El pontificado y la independencia le parecían igualmente grandes, y quería ser el aliado de todas las grandezas. Era pontifical entre los independientes, é independiente entre los pontificales. Adversario de güelfos y gibelinos, era á la vez gibelino y güelfo. Fué sin duda uno de los primeros, quizá el primero, que concibió la unidad italiana informada por el espíritu que hoy se ha realizado. Rienzi es una avanzada de la política del siglo XIX, colocada en la mitad del siglo XIV.

XCI.

Juan de Vico y otros usurpadores.—Otros enemigos del pontificado.

Albornoz emprendió difíciles y arduas operaciones militares y políticas contra los enemigos de las temporalidades del Papa. A su aparición en tierras del patrimonio, Montefeltro, Agupendente, Bolsena y otras ciudades le abrieron sus puertas. Mas Trani, Amelia, Narni, Orvieto, Viterbo, Marta y Canino permanecieron rebeldes. Juan de Vico era el alma de la resistencia. Albornoz empleó su habilidad y su genio para desconcertarle. Pero despues de algunas acciones victoriosas los soldados del Papa son derrotados en Viterbo y Orvieto. De aquel desastre, sin embargo, se rehizo á merced de otras acciones de guerra favorables. Orvieto fué reducida á la obediencia del Pontífice. Vico se sometió y Albornoz le entregó por doce años el Vicariato político de Corneto, Civitta-Vecchia y Respampano.

Otro de los enemigos de la Iglesia era Juan Cantuccio, tirano de Aggobio. Albornoz, victorioso de Vico, le intimó la sumision. Aggobio ofreció sus llaves al legado pontificio.

En la Marca de Ancona encontró Albornoz formando estrecha liga los enemigos Malatesta, Manfredi y Ordelaíff, conocidos por los más valientes y hábiles guerreros de Italia.

Malatesta fué sometido despues de accidentados combates y negociaciones.

Quedaban en pié Ordelaíff, apoyado por Ricardo Manfredi. Antes de atacarles lanzó Albornoz contra ellos una sentencia canónica, segun la que aquellos señores quedaban señalados como herejes, rebeldes á la Iglesia. Una cruzada se publicó contra ellos otorgando el Papa gracias espirituales á los que la secundaran. Cuando Ordelaíff oyó sonar la campana que anunciaba la sentencia de excomunion, mandó que inmediatamente sonaran todas las demas de la ciudad, y á su vez excomulgó al Papa y á los cardenales. Entónces mandó quemar públicamente las efigies del Pontífice y de los príncipes de la Iglesias, y celebrando un banquete con sus familiares, exclamó: «Ya lo véis, nos han excomulgado; pero no han podido privarnos del apetito.» El obispo de Forli fué desterrado y perseguidos los eclesiásticos devotos á la Santa Silla. Ocho sacerdotes que se resistieron á celebrar la misa á pesar del *interdicto*, fueron ahorcados; otros fueron desollados vivos.

Albornoz, contando con recursos poderosos debidos á la cruzada, se lanzó sobre Manfredi en las inmediaciones de Faenza y consiguió destruir sus falanjes; viéndose el rebelde imposibilitado de vencer, se resigna á someterse, conservando el reducido señorío de Bagnacavallo.

Ordelaifi era ya el único enemigo que contaba con algunos serios recursos. Como los nobles y caudillos que le acompañaban le manifestaran que creían inútil toda resistencia, atendido el aislamiento en que se encontraban, contestóles estas palabras propias de una altivez sin freno: «Ahora, atender bien, yo no quiero jamas tratar con la Iglesia sobre otra base que la conservacion de las plazas que poseo. Estas las defenderé hasta la muerte. Por de pronto sostendré un sitio en Cesena, en Fonlímpópoli, y en cada uno de mis castillos. Perdidas estas plazas, defenderé las murallas de Forli: tomadas estas murallas, disputaré palmo á palmo sus calles, sus plazas, mi palacio, hasta el último rincon de mi palacio, ántes de ceder la menor de mis posesiones. Juradme, pues, fidelidad, ó temed mi venganza.»

Todos le prometieron sincera adhesion.

No tardaron en presentarse los defensores de la Santa Silla á la vista de Forli. Alfonso de Toledo, uno de los capitanes de Albornoz, derrotó á los soldados de Ordelaifi y arrojó sobre la ciudad los restos de su derrotada hueste. Ordelaifi no se desencorazonó. Dirigiéndose á Marcia, su esposa, le dijo: «Yo me encargo de la defensa de Forli, tu defenderás Cesena.» «Yo respondo de Cesena,» contestó Marcia. Armada como un guerrero, encérrose en Cesena con Sinibaldo, su hijo, una hija ya nubil, dos sobrinos, áun niños, doscientos caballos y mucha infantería.

Los habitantes de la parte inferior de la ciudad fueron entregados por secreto negociador al ejército de Albornoz. Marcia vió los soldados pontificios dueños de sus calles ántes de que pudiera concebir de la traicion la menor sospecha.

Retiróse precipitadamente á la ciudad *murata*, y habiendo descubierto allí tres de los que vendieron al enemigo el resto de la ciudad, les decapitó, arrojando sus cadáveres al enemigo. Descubrió las inteligencias que con éste sostenía Sgariglino, su único secretario, y en su virtud le deparó suerte igual á la de los tres negociantes. Desde entónces Marcia dirigió personalmente todas las operaciones. Noche y día estaba sobre las murallas alentando, ordenando, combatiendo; era la primera en la lucha y la última en el descanso. Durante un mes aquella débil mujer tuvo inmóvil á sus piés todo el ejército del poderoso cardenal. Pero no eran iguales los elementos. El ejército de Albornoz dió un impetuoso asalto, que despues de obstinada defensa, libró el paso á los asaltantes. Marcia se retiró de la ciudad *murata* á la ciudadela, con el propósito de reproducir allí las escenas del primer punto. Sin embargo, ella era heroína, sus soldados no eran más que valientes; sólo el heroismo es ilimitado, el valor tiene sus límites. Los guerreros que no habían sucumbido en el primer asalto sabían cierto que iban á sucumbir en el segundo: «Señora, le dijeron, combatir sin probabilidades de vencer es cosa demasiado ingrata. Estamos resueltos á entregarnos.»

Marcia había dicho á su abuelo, que le incitaba á someterse: «Jamás, mi esposo me ha dicho, no entregues Cesena; no la entregaré.» Pero sin soldados toda defensa era imposible. Marcia trató con el general enemigo exigiendo que sus soldados pudieran retirarse libres y francos; respecto á ella no quiso entrar en ninguna estipulacion, se entregó con su familia á merced del vencedor. El Cardenal rindió homenaje al heroismo de aquella mujer, tratándola con las consideraciones debidas á su valor y á sus virtudes.

Ordelaifi resistía en Forli, prolongando la resistencia una ausencia temporal de Albornoz. Pero vuelto al campo Albornoz, Forli sucumbió despues de una defensa digna de la de Cesena. Entregado á la generosidad del Cardenal, acordóle éste pleno perdon de lo pasado, concedióle por diez años la soberanía de Forlímpópoli y Castrocaro, y devolvióle su esposa y su familia.

Sujetados todos los caudillos de la liga antipontificia, sólo Bolonia resistía la obediencia á la legítima autoridad. Señoreaba en ella Oleggio. Era aquella ciudad el centro de los descontentos del gobierno de los pontífices; la primera que secundaba los gritos revolucionarios

y la última que entraba en el sendero del deber, por lo que decía Eneas Sylvius: «*Bononia quæ, non tam studiorum mater, quam seditiorum altrix.*»

La política prudente de Albornoz adquirió para la Santa Silla aquella ciudad.

Sin embargo, quedaba aún para vencer la oposición armada de Barnabos, que iba alarmando á los pueblos repitiendo: «Quiero que Bolonia sea mía.» Por un momento la actitud de Barnabos reanimó las esperanzas de los enemigos del pontificado. Los países conquistados agitábanse de nuevo, y se hacía temible que viniera abajo la obra de Albornoz, con tantos sacrificios realizada.

La energía y constancia del representante de los intereses pontificios desbarató los planes y dominó los elementos del último adversario. Bolonia se rindió y la bandera de Urbano V tremoló sobre un pueblo que, cansado de la opresión de sus antiguos tiranos, la saludaba como el emblema de la restauración de un gobierno paternal.

Por aquellos días el pontificado tuvo que desplegar el vigor contra unas hordas perfectamente organizadas que aparecieron en varias regiones de Francia, sin otra bandera que la depredación y el pillaje. Apellidáronse las *grandes compañías*. Amenazando las tierras de Aviñón y hasta atentando contra la vida de los personajes que salían de aquella ciudad, el Papa les intimó se retiraran de sus dominios, amenazándoles con excomunicarles si así no lo hicieran. La *grande compañía* no sólo despreció la amenaza del anatema, sino que notificó al Pontífice la necesidad de retractarse de los calificativos que le había dado, y de retirar los procedimientos emprendidos, anunciando que, de lo contrario, pondrían en combustión la cristiandad entera.

Entonces el Pontífice acudió á la fuerza material, hizo predicar una cruzada, nombrando jefe de ella á Bertrandi, cardenal de Ostia. Numerosas huestes de cruzados secundaron la voz del Papa y, ante aquel aluvión de soldados, los aventureros determinaron capitular. Al efecto, el marqués de Montferrat, que era capitán muy influyente en las grandes compañías, prometió al Papa que, mediante una crecidísima suma, haría despejar el país, y trasladaría su gente á Lombardía. Trasladas á Italia aquellas vastas y temibles asociaciones de devastadores sirvieron de enorme dificultad á la pacificación y sumisión de la península.

Urbano V tuvo la gloria de ver pacificada una gran parte de Italia y restablecido el orden en muchos de sus dominios. Entonces pensó seriamente en regresar á Roma.

La influencia temporal del pontificado había recibido fatal decrecimiento. Su palabra no se tenía ya como indiscutible entre los políticos; sus sentencias no eran inapeables. Habían medido algunos soberanos sus fuerzas con la soberanía pontificia. La permanencia de los papas en Aviñón, en el fondo, era el cautiverio, ó á lo ménos la expatriación del romano Pontífice. Todo cautiverio significa debilidad relativa de poder. «Aviñón no era Roma, ha dicho un sensato historiador; el Ródano, que bañaba sus muros, no era el Tíber; la roca de los *Dons* no era el Capitolio, ni su fortaleza gótica era Letran, desde donde tantos oráculos soberanos habían salido, y desde donde por tanto tiempo la tiara dominó las demas coronas.» En Aviñón faltábale al Pontífice la auréola de una ciudad inmortalizada por recuerdos innumerables de estupendos hechos. En Aviñón el Papa no estaba en su reino, y la Francia, por devota que fuera á su causa, no dejaba de reconocerse su protectora. Ufanábase en tener bajo sus auspicios al Papa; pero tener al Papa bajo sus auspicios quería decir poder algo sobre el papado.

La ausencia del Papa anulaba la supremacía de Roma y le enagenaba las simpatías de los italianos. Todo iba afrancesándose alrededor del Papa: cardenales, representantes, corte. Si un rey del temple de Felipe el Hermoso hubiera regido los destinos de la Francia cuando el Papa residía en Aviñón, sin duda gimiera en la esclavitud el pontificado.

Francia se resistió á que Urbano V pasara á Roma; pero el Papa prescindió de toda oposición, y partió para Roma.

No nos pertenece en este libro reseñar los triunfos del pontificado, que si tal fuera nuestro objeto, tema tendríamos para expositar aquí escenas de inaudito entusiasmo desplegadas al

paso del Pontífice. El contento de Italia se tradujo en arrebatos de delirio. Roma recibió á Urbano V como á un verdadero redentor. «Padre Santo, escribía el Petrarca á Urbano, Israel ha salido de Egipto, la casa de Jacob no se encuentra ya en medio de un pueblo bárbaro. En el cielo los ángeles han prorumpido en himnos de gozo, en la tierra los hombres piadosos han contestado con transportes de alegría... Es ahora que aparecéis á mis ojos como al Soberano Pontífice, al Pontífice romano, al Vicario de JESUCRISTO, al verdadero Urbano... En pocos días habéis enmendado las equivocaciones de cinco predecesores vuestros durante sesenta años... Gracias á Dios, ya veo lo que tanto ver deseaba, restablecida mi madre en su propia silla... Desde ella restableceréis la pureza de las costumbres antiguas y haréis que Roma, reintegrada en su gloria por vuestro celo, sea otra vez venerable á la faz del universo.»

Y en efecto, la presencia del Papa influyó desde luégo en la pacificación de los ánimos; sólidas, bien fundadas esperanzas concibieron los hombres probos de ver definitivamente encausada la política italiana. Urbano V reformaba la administracion, dictaba medidas inspiradas por paternal desvelo, y atrayendo á Roma á los emperadores del Oriente y del Occidente, los reyes, los duques, los señores del mundo, restauraba con su sola presencia el principio de autoridad tristemente lastimado.

Por desgracia no fué constante el Papa en su afecto á la permanencia en Italia. Francia habia cautivado su corazon. Para él Italia era Egipto. Empezó, pues, á trazar secretos planes de regreso á Aviñon. Y en día inesperado comunicó á su corte la órden de partir. Aquella medida llenó de amargura todas las almas adictas al pontificado. Una mujer llamada Brígida, célebre por sus virtudes, proveniente de la Escandinavia, recibió una inspiracion del cielo, por la cual preveyó los inmensos infortunios que á la Iglesia redundarían de la partida del Papa. Aquella mujer intrépida voló á Montefiascone para comunicar á Urbano V lo que el divino esposo le habia revelado en sus íntimas elevaciones. Brígida le habla con la libertad de espíritu que es peculiar á los santos; pero Urbano no modifica su resolucion. El senado y el pueblo romano envían numerosas comisiones para disuadir al Papa de su proyecto: «Bien venidos seáis, dice el Papa á los embajadores; sabed que el Espíritu Santo me condujo aquí para honor de la Iglesia, y para honor de la misma me manda hoy á otra parte. Si no permanezco aquí en cuerpo, permanecerá con vosotros mi espíritu. Á Dios.»

Nombra senador de Roma á Bernardo Monaldesco, á quien confía su representacion. Parte para Marsella; pero á los tres meses de llegado á Aviñon emigró de este mundo, siendo su muerte edificantísima.

Su sucesor se llamó Gregorio XI. Á su entronizacion hubo que defender la libertad de la Iglesia conculcada por el rey de Aragon y por el rey de Portugal. Amadeo de Saboya habia despojado de sus privilegios al obispo de Génova, mas se los restituyó por las gestiones del nuevo Papa. Perusa se negaba á llamar á los desterrados por el gobierno antipontificio, y, gracias á la actividad política de Gregorio XI, el partido enemigo de la Iglesia hubo de abandonar el poder. Florencia no era tampoco adicta al pontificado. La política de Aviñon no estaba en armonía con sus aspiraciones; recelosa del engrandecimiento del poder del Papa, se hallaba dispuesta á la revuelta. En aquellos días el siempre rebelde Barnabos reaparece en escena. Compró Castel-Reggio para que le sirviera de base á conquistas que soñaba, y empezaron nuevas acciones y nuevas batallas. Una liga de soberanos formada á la accion de Gregorio XI desbarató los planes de Barnabos, que habia jurado no dejar en paz ni un sólo momento á los súbditos del Papa.

Sin embargo, Florencia, impaciente y febril, rompió el pacto de concordia con la Santa Silla y celebró alianza con Barnabos. Nombró la famosa magistratura llamada de *los ocho de la guerra*, é izando un estandarte en el que escribió la palabra *libertad*, llamó á rebeldía á cuantos se sentían descontentos del gobierno pontificio. No eran éstos pocos, en verdad, pues los enviados del Papa en general no estaban á la altura de su mision. Mas cuidadosos de ostentar gloria y majestad que de ejercer gobierno y administrar justicia, perjudicaban

con su conducta humana la sagrada causa que representaban. Al grito de Florencia contestó inmediatamente Città de Castello, y luego Viterbo, Montefiascone y Narni. El contagio hizo caer á no tardar Perusa, Asis, Todi, casi todo el Patrimonio, el ducado de Espoleto, y en fin, Civitta-Vechia, Rávena, Ascoli, casi toda la Marca de Ancona y la Romanía.

El Papa organizó en Aviñon una columna de bretones decididos, cuya jefatura confió á los intrépidos Malestroit y Bude. Seis mil hombres de caballería y cuatro mil de infantería formaban aquel ejército de reconquista. Soldados sin disciplina; pero cuya falta de disciplina suplía un valor casi salvaje. Como se les preguntara si creían poder entrar en Florencia, contestaron: «¿Entra allí el sol? Pues allí donde entra el sol entramos nosotros.» Aquellos preparativos de guerra llenaban de estremecimiento á los italianos pacíficos que, reconociendo el perfecto derecho que asistía al Papa de reconquistar sus insurrectos Estados, no desconocían los daños que redundaban á la causa pontificia de la necesidad de defenderse por tales medios.

Llevó la voz de aquel respetable grupo de devotos del pontificado una mujer que florecía en Italia por su talento, por su santidad y por su patriotismo. Nacida en Sena y dotada de todas las gracias que caracterizan al tipo toscano, sentía en su alma dos pasiones vehementes. Amaba con entusiasmo la patria, amaba hasta el éxtasis á la Iglesia. Conciliar los intereses de la Iglesia y de la Italia fué su ideal. Nadie ha tenido una fe más depurada que ella en la palabra divina, ni una fidelidad más desinteresada á la Iglesia católica, ni una adhesión más leal á la patria terrena. Ambos sentimientos la sostenían, la guiaban, la agigantaban. En su corazón repercutían todas las heridas que recibía el corazón de la Iglesia en la persecución del pontificado, y el corazón de la Italia en las desgracias ocasionadas á ella por los déspotas, encumbrados por el espíritu de rebeldía. Resuelta á sacrificarse sin contemplación alguna por el doble bien, cuya efectividad era su dorado sueño, prescindía de su retiro claustral, y se ponía en comunicación con los personajes que figuraban en la tempestuosa escena que á la sazón se representaba. Todos la escuchaban como un oráculo, porque sus escritos revelaban su alma, y su alma era tan sencilla, tan pura y tan angelical, que no había corazón capaz de renunciar al placer de escucharla.

Sabiendo Catalina que Gregorio XI, justamente indignado, preparaba una expedición militar formidable contra los rebeldes de Italia, le escribió llena de unción evangélica, y con fortaleza de santa. Encarecíale el sistema del amor como el más á propósito para rendir y cautivar los corazones, «porque, le decía, aunque el hombre por su rebeldía merecía infinita pena, con su clemencia encontró Dios un medio el más agradable y el más dulce que hallarse pudiera; porque vió que de ninguna manera tanto se atrae el corazón del hombre cuanto por amor; y la causa de ello es porque él es hecho de amor; y esta es verosímilmente la razón porque tanto ama. Ama porque está todo hecho de amor, así en el cuerpo como en el alma. Porque por amor Dios le crió á su imagen y semejanza, y por amor la madre le dió de su sustancia concibiendo y engendrando al hijo; y así, viendo Dios que el hombre se halla tan dispuesto á amar, derechamente nos echó el anzuelo del amor, dándonos al Verbo, unigénito Hijo suyo, y tomando en sí nuestra humanidad para establecer con nosotros íntima paz.»

Desarrollaba la Santa la teoría de la caridad por CRISTO ejercida para mover al Papa á aceptar un plan de atracción é indulgencia.

«Vuestros somos, Padre, le decía, yo conozco y sé que á todos ellos en comun (los rebeldes) les parece haber obrado mal; y puesto que no tengan excusa en el mal que hayan hecho, no obstante, por las muchas penas y cosas injustas que sufrían á causa de los malos y perversos pastores y gobernadores, les parecía no deber obrar de otra manera de la que obraron; porque sintiendo la abominación y hediondez y podre de la vida de muchos gobernadores y regidores, los cuales sabéis que son demonios encarnados, hirieron en tanto y tan grave temor, que hicieron como Pilátos, el cual, por no perder el señorío que tenía, mató á JESUCRISTO. Así hicieron éstos, que por no perder su estado os han perseguido. Misericordia, pues, os pido por ellos y para ellos. No miréis á la ignorancia y soberbia de vuestros hijos; más con el cebo

de amor y de vuestra benignidad dándoles aquella dulce disciplina y suave reprehension que á Vuestra Santidad pareciere bien, nos daréis paz á nosotros, miserables hijos vuestros, que hemos pecado. Yo os digo, tierno Padre en la tierra de parte de CRISTO en el cielo, que, haciéndolo así, conviene á saber, sin guerra y tempestad, ellos vendrán todos con dolor de la ofensa que os han inferido y reclinarán sus cabezas sobre vuestro regazo, y entónces gozaréis y gozaremos, porque con amor habréis vuelto al rebaño de la Iglesia á la oveja extrañada y perdida... Desplegad y levantad presto, Padre Santo, la bandera de la santísima Cruz, y veréis amansarse los lobos y transformarse en corderos. Paz, paz, paz, porque la guerra no haya de aplazar y dilatar este suspirado tiempo; mas si obtáis por la justa venganza, hacédla sobre mí, que soy miserable, y dadme todo el tormento y toda la pena que bien os pareciere hasta la muerte.»

No fueron ajenas estas y otras cartas de santa Catalina de Sena á la determinacion tomada por el Papa de entablar negociaciones activas con Florencia y las demas ciudades insurrectas. Urbano V prometía olvidar toda represalia y venganza, y correr misericordioso velo sobre pasados agravios, con tal que se restituyeran al pontificado las ciudades revolucionariamente de



CALVINO.

su autoridad emancipadas. Mas los hombres que habían excitado la revuelta se encontraban al frente de la república florentina, y les interesaba que la paz no viniera. Por esto se manejaron para levantar la ciudad de Bolonia y colocarla en actitud hostil á la Santa Silla. La insurreccion de Bolonia fué recibida por los florentinos con transportes de júbilo.

La revolucion de Bolonia rompió todas las negociaciones. Gregorio XI, resuelto á proceder por vías pacíficas, creyóse obligado en conciencia á acudir á la fuerza material. Los jefes de la república fueron excomulgados y requeridos á comparecer ante el Papa, quien hizo salir á los comerciantes florentinos de la ciudad de Aviñon, persiguiéndoles en todas las plazas de Europa en que se refugiaban y permitiendo la confiscacion de sus mercancías, el encarcelamiento de sus bienes y hasta la venta de sus personas como si fueran esclavos; medidas que arruinaron el comercio de Florencia, causándole una pérdida inmediata de 3.000,000 de florines.

Aquella actitud decidida del Papa impuso respeto á los caudillos de la república florentina, quienes empezaron á desear la paz. Entónces el gran consejo de Florencia fijó la atencion en la humilde hija de Santo Domingo, que venía sosteniendo con Urbano V santa é ilustrada correspondencia, y le encargaron la difícil mision de pasar á la corte pontificia con el ca-

rácter de embajadora de la república. Veinte y nueve años apenas contaba Catalina cuando se vió compelida á salir de la modesta celda escogida para su perpetuo retiro, y trasladarse á las asambleas de los grandes de la tierra para tratar de una de las espinosas complicaciones de su tiempo. Por desgracia las cosas habían llegado á un punto en el que casi era imposible la conciliacion. Las nubes se hallaban aglomeradas sobre la Italia, y sólo una tempestad podía descargar la atmósfera. Los diputados que Florencia envió al lado de Catalina no participaban del espíritu de paz que á la Santa animaba y movía. Creíanse fuertes para rechazar la fuerza con la fuerza, y se mostraron altivos ante Su Santidad.

La guerra estalló muy pronto, y su éxito distó mucho de ser lisonjero á la causa pontificia.

Gregorio XI determinó pasar á Italia para proteger con su presencia á los fieles á la Iglesia. Sin embargo, dificultades cada día nuevas se oponían á la realizacion de su proyecto. La diplomacia francesa suscitaba continuos inconvenientes. Pero las noticias y embajadas de Roma procedentes indicaban que iban allí á estallar más terribles tempestades. Reclamaban los romanos el regreso definitivo del Papa. Proyectábase nada ménos que el nombramiento de un nuevo papa, en caso de no serles dado obtener la residencia de Gregorio XI. La conciencia del deber hizo romper al Papa todos los obstáculos y encaminarse á Roma. En efecto; aquella augusta ciudad recibió á Gregorio como una hija recibe al padre despues de duradera ausencia.

Sin embargo, la situacion del ilustre Pontífice fué á todas luces crítica. Hallábase solo, sin aliados, en país extranjero, al frente de una liga enemiga formidable, sintiendo bramar bajo sus piés el espíritu de la revuelta, resuelto á absorber todos los Estados eclesiásticos; Florencia, erguida su frente vencedora, no quería tratar sino sobre bases inadmisibles. Hamkood, caudillo popular que hasta entónces había peleado por la Iglesia, pasó á servicio de los florentinos; Francisco Vico, sobrino del Papa, cayó prisionero en los campos de Viterbo, despues de la espantosa derrota de sus huestes.

La constancia de Gregorio XI consiguió someter Bolonia á la autoridad legítima; pero Florencia resistía indomable. El consejo de guerra llamado de los *ocho* era rehacio á toda conciliacion. Había, no obstante, entre los florentinos un partido numeroso que anhelaba la paz con la Iglesia, aunque su accion se hallaba paralizada por la falta de un impulso director y moderador. Es siempre delicada y difícil la oposicion en cuestiones que involucran un espíritu de patriotismo. El Papa utilizó las eminentes dotes de Catalina de Sena, á quien confió la mision espinosa de animar, organizar, levantar y dirigir el partido de la conciliacion. Salió del convento y de Sena y llegó á Florencia, donde era querida de todos, porque su alma angelical ejercía predominio donde quiera que tendiese su vuelo. Trabajó tan hábilmente, que á los pocos días la atmósfera cívica no era ya viable para el directorio de la guerra. Todo respiraba sentimientos de concordia y de paz.

Una insurreccion repentina, terrible, estalló promovida contra los jefes del partido de la conciliacion, protesta enérgica de los partidarios de la guerra. Cegado una parte del pueblo, empezó á devastar é incendiar las casas y las haciendas de los principales personajes que pertenecían al grupo de los sensatos. Lamentables asesinatos mancharon la página de aquel día acerbo para Florencia, en el que hasta corrió riesgo la vida pura é inocente de la heroína de Sena.

Aquella tempestad despejó la atmósfera de Florencia. La atrocidad de los crímenes cometidos llenó de horror á muchos que de buena fe se ladeaban hacia los rebeldes, y gracias á la política hábil y prudente de la Santa Silla, los intransigentes de Florencia se manifestaron dispuestos á tratar. Las bases de la concordia estaban admitidas en principio, cuando la muerte de Gregorio XI retardó el triunfo.

XCII.

Turbulencias en Roma á la muerte de Gregorio XI.—Invasión del cónclave.
Principio del gran cisma.

Nuevas tribulaciones esperaban á la Iglesia á últimos del siglo XIV. La permanencia del Pontífice en Aviñon había dividido profundamente los ánimos y las voluntades. El cisma de los corazones era un hecho. La muerte de Gregorio ofreció ocasion propicia para que el cisma de los corazones encontrara una fórmula, una traducción en las instituciones. El desacuerdo del sacro colegio se dejó ver en las conferencias que preludiaron al cónclave. Ignoraban, sin embargo, los cardenales que existían trabajos secretos entre la magistratura romana y varios prelados italianos, para obligar al cónclave futuro á una elección italiana. Los cardenales no contaban con los imprevistos hechos que iban á anublar y á ensangrentar los campos de la Iglesia. Los complots tramados durante la vida de Gregorio estallaron á su muerte. Una diputación numerosa se presentó á los cardenales, y les expuso que Roma había sufrido males sin cuento á causa de la permanencia de los papas en país extranjero; que á ello se debía la ruina de los más célebres monasterios, palacios, iglesias, monumentos; que los lugares en los que radicaban los títulos cardenalicios puede decirse que ya no existían, tanto era el abandono en que los tenían sus ilustres titulares; que no había sino un remedio para tantos males, y que éste era la elección de un italiano para el pontificado. Que sólo así terminarían las disidencias entre los señores de Italia.

Los cardenales contestaron que el debate de esta cuestión pertenecía exclusivamente al cónclave; que allí deliberarían sobre lo más conveniente á los intereses de la Iglesia; que deseaban no se opusieran dificultades á una completa libertad de elección.

Los magistrados determinaron apelar á medios menos oportunos. El pueblo se levantó á la voz de «queremos un papa romano ó italiano.» Cerráronse las puertas de la ciudad, colocáronse centinelas en todas las avenidas para impedir la salida de los cardenales, expidieron órdenes para que salieran inmediatamente de Roma los nobles y eclesiásticos influyentes en favor del sagrado colegio, al paso que se iban aglomerando en la ciudad hombres procedentes de todos los puntos de Italia, que recorrían las calles y atronaban el aire con voces amenazantes y terroríficas.

En el entretanto los cardenales, inquietos, temerosos del porvenir, hacían transportar al castillo del Santo Angel el tesoro de la Iglesia romana, y dieron sabias disposiciones encaminadas á preservar de toda violencia la elección.

Al dirigirse los cardenales al Vaticano para entrar en cónclave, encontraron llena de pueblo la plaza de San Pedro. Las olas de revoltosos, agitadas como las del mar en tempestad, bramaban incesantemente, repitiendo el grito de aquellos días: «Que sea romano ó italiano.»

Cuentan las crónicas que en aquellos momentos el cielo estaba tan tempestuoso como la tierra, y que una exhalación cayó sobre el Vaticano, partió el escudo de armas de Gregorio XI, y rajó las celdas de los cardenales de Luna y de Génova.

Las turbas invadieron el cónclave, pretextando la necesidad de saber si se escondía en el local gente armada. Despejado, por fin, el edificio y cerradas las puertas, presentáronse llamando á ellas trece caudillos del pueblo pidiendo ser introducidos ante los cardenales. En vano se les replicó que era antigua costumbre no abrirse jamás aquellas puertas hasta hecha la elección; insistieron, amenazaron, y ante la insistencia amenazadora se les introdujo. «Queremos, dijeron, que antes de irnos nos aseguréis la elección de un papa romano ó italiano; el pueblo lo quiere, y si no le atendéis, no respondemos de vuestras vidas.»

El cardenal de Florencia tomó la palabra y dijo que aquella intima no merecía contesta-

cion; que ningun cardenal se hallaba dispuesto á obrar como instrumento de nadie, y ménos de la muchedumbre; que se elegiría á aquel que el Espíritu Santo dispusiese se eligiera.

Noche de agitacion fué la primera noche del cónclave. Los cardenales no pudieron descansar un momento durante aquellas horas que, estando destinadas al reposo, lo fueron al temor y al espanto. Á la mañana siguiente, poco despues de salido el sol, creció el oleaje, los clamores de la muchedumbre rayaban en frenesí; algunos más exaltados corrieron al Capitolio y á San Pedro, lanzando al aire las campanas, para que el toque de arrebató acabara de enloquecer á los romanos y á sus auxiliares, que en verdad eran innumerables.

Aterrorizados los guardias del cónclave, creyéronse en el deber de advertir á los padres desde una ventana del recinto cerrado, que la vida de todos ellos corría gravísimo riesgo si aplazaban la eleccion, y si no era romano ó italiano el elegido.

Lo natural, lo procedente era que los cardenales se presentaran en aquellos momentos al pueblo y le dijeran que toda deliberacion era imposible ante la ruidosa intimacion de las turbas. Un arranque de santo valor hubiera impuesto á los amotinados; y la libertad de accion del cónclave evitara la serie de desgracias que en aquel día empezó para la Iglesia de Dios. Pero los cardenales se hallaban abatidos, no se sintieron dispuestos á combatir con las armas del derecho; cedieron. Guillermo de Aigrefeuille y Jacobo Orsini se presentaron al pueblo desde una de las ventanas del Vaticano prometiendo que la eleccion recaería sobre un romano ó italiano.

El pueblo exigió entónces que aquella palabra se cumpliera inmediatamente. Era tanta la preocupacion de los cardenales, que el de Orsini propuso que se llamara á un lego franciscano, se le vistiera con la capa, se le impusiera la tiara y se le mostrara al pueblo, y que miéntras el pueblo procediera á la veneracion del aparentemente elegido, se separaran los cardenales para reunirse en más libre lugar. No fué aceptado el proyecto; pero su sola emision ante un cónclave revela el estado de agitacion y de alarma en que se hallaban los congregados.

El cardenal de Florencia propuso que se eligiera al cardenal de San Pedro, Francisco Thebaldeschi; pero esta indicacion no tuvo éxito, atendida la ancianidad y los ataques del propuesto. El cardenal de Limoges se levantó para decir: «Y bien, vos, cardenal de Florencia, no podéis aspirar al pontificado porque vuestra ciudad es enemiga de la Iglesia romana; vos, cardenal de Milan, tampoco, porque en vuestros Estados se halla Barnabos, el que siempre ha combatido los derechos de la Iglesia; tampoco vos, cardenal Orsini, porque sois romano, excesivamente parcial y demasiado jóven. En consecuencia yo voto por Bartolomé Prigorano, arzobispo de Bari.» La mayoría votó con el cardenal de Limoges, bien que muchos de los votantes lo hicieron en virtud de las circunstancias. El cardenal de Milan, que votó por el arzobispo de Bari, manifestó que lo hacía porque quería ser confesor; pero no mártir: *Quia ipse volebat esse confessor et non martir.*

Aunque al traves de aquellas violencias, el papa estaba elegido, y el pueblo llegó á comprenderlo. Entónces la tempestad estalló otra vez. «Queremos saber quién es el elegido,» clamaban las turbas, que forzando el Vaticano por cuatro puntos á la vez, se arrojaron sobre los lugares del cónclave. Diseminados los cardenales, reuniéronse algunos de ellos en la capilla. Pero la puerta de ésta cedió á los hachazos de los invasores: «El Papa, el Papa, ¿dónde está el Papa?» repetían.

El cardenal de Bretaña dijo á los amotinados: «¡Eh! ¿No tenéis al cardenal San Pedro?» Al oír esto se precipitan sobre éste, le visten de la capa y le cubren con la tiara, le encumbran en el trono y empiezan á besarle las manos y los piés. El pobre Thebaldeschi, decrepito, gotoso, casi paralítico, protestaba contra aquellas demostraciones: «No soy yo el papa,» decía; pero los frenéticos no oían, porque no escuchaban. Al fin, gracias á un esfuerzo supremo, pudo gritar: «El papa es el arzobispo de Bari.» Entónces, insultando al cardenal San Pedro y dejándolo medio muerto, buscaron al Arzobispo.

En el entretanto los cardenales desaparecieron; el arzobispo de Bari se encontró sólo en medio de las turbas, que se preparaban para rendirle los honores de verdadero papa. Mas éste contuvo á sus obsequiadores alegando que no había recibido aún la comunicacion oficial y que ignoraba si su eleccion había sido escrupulosamente canónica.

El Arzobispo llamó á los cardenales que aún se encontraban en la ciudad, pues muchos se hallaban ya de ella alejados. Doce eran los que permanecían dentro del recinto, y los doce declararon que, en verdad, consideraban canónica su eleccion, suplicándole aceptara el pontificado, que en tamañas circunstancias era más que apetitoso honor una carga formidable.

Los cardenales fugitivos, al saber la pacificacion de Roma, se apresuraron á regresar, prestando al nuevo Papa los homenajes de la más sincera sumision. Los mismos cardenales notificaron á sus colegas residentes en Aviñon y á muchos reyes y príncipes la entronizacion del arzobispo de Bari al pontificado con el nombre de Urbano VI. Durante tres meses consecutivos le trataron como á soberano pontífice nombrándole en las oraciones públicas, impetrando de él gracias y privilegios. Todo inducía á esperar que ninguna oposicion formal se elevaría contra la legitimidad del pontificado de Urbano. Sin embargo, vino á enconar los ánimos la dureza de tratamiento que el Papa empleó con los cardenales. A la mañana siguiente de su coronacion el Papa dijo á los purpurados: «Sois unos perjuros; abandonásteis vuestras iglesias para vivir aquí cortesantemente.» A cuyas palabras Martin de la Selva, cardenal catalan, contestó: «Padre Santo, perjuro yo no soy; si resido en esta corte, no es atendiendo á intereses personales, sino en provecho de la cristiandad; yo partiré inmediatamente para mi diócesis de Pamplona si me lo mandáis.» Otro día Su Santidad pronunció un sermón en el que con vehemencia reprendió las disipadas costumbres de la corte romana. Trazó el Papa un método de vida austero para los cardenales, mostrándose decidido á llevar á cabo una total reforma.

¿Era el celo pastoral el que dictaba aquellas alocuciones? Sin duda lo era. Quizá en la expresion de los proyectos estuvo Urbano VI algo impetuoso; pero en el fondo respiraba evangélica solicitud. Heridos en el amor propio los cardenales resolvieron librarse de una tutela que les era molesta. Entónces dieron oídos á los escrúpulos de la eleccion. ¡Tres meses despues de verificada!

La soberanía con que Urbano VI trataba á los príncipes de la Iglesia la usaba con los príncipes de los imperios. Othon de Bruswick y el conde de Fondi encontraron en él un Papa justiciero, intransigente.

Los cardenales reunidos en Anagni procuráronse poderosas alianzas y hasta defensores coronados. Los restos de la compañía de los bretones sirviéronles como de milicia, dispuesta á imponer respeto á sus decisiones. Despues de tristes incidentes los cardenales se resolvieron á anular la eleccion del arzobispo de Bari como impuesta por el temor. Un manifiesto expedido desde Anagni notificó á las cancellerías y á la cristiandad entera que el cónclave había estado constantemente bajo el peso de la más terrible coaccion, y que los honores dispensados posteriormente al Papa aparente eran dictados por el miedo. ¿Olvidaban muchos cardenales que habían libremente regresado á Roma, despues de haber podido escapar de la ciudad amotinada? No tardó en aparecer una circular del colegio cardenalicio en la que se declaraba que continuaba vacante la Silla Apostólica. Sorpresa causó esta declaracion á la cristiandad entera, como quiera que este desenlace no era esperado ni por los mismos gobiernos. Urbano accedía á someter su eleccion al juicio de un Concilio general, que los cardenales rehusaron.

Unidos los cardenales italianos á los extranjeros, constituyéronse en cónclave y eligieron al cardenal Roberto de Ginebra, que tomó el nombre de Clemente VII.

Hubo, pues, dos papas en la cristiandad. ¿Cuál de ellos era el verdadero, el legítimo? Hé ahí una cuestion que aquí no nos incumbe dilucidar. Grandes santos obedecieron á Urbano, santos varones reconocieron á Clemente. La Europa se dividió en este asunto, y en aquel terrible cisma vióse la astucia del espíritu infernal en perseguir á la Iglesia de Dios.

Pronto se vió que la autoridad de Urbano era la más extendida, al paso que la de Clemente era la más brillante, pues á ella se sujetaron la Francia, con su glorioso rey Cárlos V y la universidad de Paris con sus gloriosos sabios. Y no sólo estaban divididas las naciones, tambien la division se hallaba en el interior de cada nacion, en cada ciudad, en cada familia. Donde quiera había urbanistas y clementistas, y hasta acontecía que en una misma diócesis aparecían dos obispos, urbanista el uno, el otro clementista, originándose escenas poco edificantes.

Urbano VI excomulgó á Clemente; Clemente excomulgó á Urbano VI; el anatema respondió al anatema, y á los anatemas siguieron los cruzados.

El objetivo de los clementistas fué arrojar á Urbano y á sus partidarios de la ciudad de Roma, pues sin duda aquella privilegiada residencia redundaba en prestigio de su rival. Roma fué, pues, blanco de los ataques de los cruzados de Clemente.

Y aquí debemos declarar que no nos ocuparemos de las escenas promovidas entre las dos secciones de la cristiandad, motivadas por el cisma. Como ambos papas eran considerados de buena fe legítimos por una porcion de sus respectivos devotos, las desagradables luchas, las colisiones sangrientas que resultaron de aquella duplicidad de miras, mas bien que una persecucion á la Iglesia, constituyen para ésta una terrible tribulacion. Bástenos observar que aquel cisma y los desagradables cuadros que ofreció á la historia alentaron extraordinariamente á los verdaderos enemigos del Cristianismo, debilitando en sumo grado el principio de autoridad pontificia. Al concluir algunos años despues el llamado gran cisma de Occidente pudieron apreciarse los enormes estragos que dejaba como infernal huella en la moral de la sociedad cristiana.

Mas, si no nos ocupamos de los poco edificantes sucesos del cisma, no podemos dispensarnos de hablar de ciertos hechos relacionados con él, y que constituyeron aislados episodios, tomando formas de verdadera persecucion. Es uno de ellos la llamada sustraccion de la obediencia de Francia al papa ó antipapa Bonifacio IX.

Es de advertir que ni los romanos renunciaron al cisma por la muerte de Urbano VI ni los galicanos por la de Clemente VII; sino que respectivamente eligieron á Bonifacio IX para suceder á Urbano y á Benedicto XIII para suceder á Clemente. Los dos partidos se hallaban resueltos á continuar sosteniendo la legitimidad de su actitud.

Llegó un tiempo en que la Francia y la Italia comprendieron los irreparables perjuicios que la dualidad pontificia causaba á los verdaderos intereses de la Iglesia; y buscando un medio por el que pudiera restablecerse la unidad rasgada creyeron no ser posible otra que la simultánea abdicacion de ambos papas. En aquella ocasion la Universidad de Paris trabajó con constancia y madurez. Varias embajadas expidieron los soberanos á uno y á otro papa, aunque ninguna de ellas obtuvo éxito venturoso. Urgía en concepto de la cristiandad poner definitivo término á aquella escision, y como los personajes influyentes de Francia se convencieron de que el papa de Aviñon no secundaba los justos votos de los fieles, empezaron á propalar la necesidad que había de declarar libre y sustraída la Francia de la obediencia á Benedicto IX.

El clero frances, la corte, los grandes se sintieron inclinados á sacudir un yugo que les era pesado é inútil. La Universidad de Paris y sus sucursales, á lo ménos la mayoría de sus profesores, estaba por la sustraccion; de modo que en una asamblea general del clero la reclamaron de un modo absoluto doscientos cuarenta votos, de una manera condicional veinte votos, y solo diez y seis la rehusaron. En vista de tamaño resultado la sustraccion fué adoptada, y Cárlos VI, por una ordenanza de 28 de julio de 1398, declaró que de aquella fecha en adelante la Iglesia galicana no pagaría más al papa Benito XIII ningun derecho benefical; que las prelacías vacantes serían provistas por eleccion, como de antiguo; que los diocesanos proveerían los beneficios inferiores y que cesaba de reconocerse la autoridad de Bonifacio XIII.

Vese desde luégo que esto era ya algo más, mucho más que un cisma. Hasta entónces

quedaban íntegros é intactos los principios; cuestionábase sobre la persona que representaba genéricamente el principio de la suprema autoridad de la Iglesia; pero la autoridad no era negada ni desconocida.

La sustraccion de la obediencia al que había reconocido la Francia como á verdadero papa era una formal rebeldía á las leyes de la disciplina y á las exigencias de la misma fe. El rey de Francia hizo un acto de protestantismo declarándose en la actitud determinada en el decreto de que nos acabamos de ocupar.

La autoridad del Príncipe sustituyó á la autoridad del pontificado, puesto que es el Príncipe quien declaró la sustraccion, quien dictó las órdenes para realizarse, quien formalizó el cisma dentro del cisma. De ahí que en una de las reuniones por aquellos días habidas por los preladados de Francia, declarara el canciller real: «que el Rey era el brazo derecho de la Iglesia, y que á él incumbe convocar las personas eclesiásticas de su reino para deliberar sobre lo conveniente á la Iglesia, y presidir las declaraciones como á jefe.» De modo que la Iglesia, segun esta teoría, queda refundida con el Estado.

El Rey envió á Aviñon á Pedro de Ailly, obispo de Cambrai. «Yo vengo, dijo á Benito XIII, de parte del rey de Francia y del rey de Alemania á anunciaros que, á consecuencia de los pasos dados y convenidos, es preciso que vos y vuestro rival renunciéis el sumo pontificado.»

A esta intima contestó Benito XIII: «Yo he trabajado mucho en favor de la Iglesia; soy Papa por buena eleccion ¿y se pretende que me someta y renuncie? No, jamas. Sepa el rey de Francia que, á pesar de sus ordenanzas, yo no renunciaré mi nombre, ni me desprenderé de mi *papalidad*.»

«Señor, replicó el enviado, permitid que os confiese hallaros ménos prudente de lo que presumía. Pedir consejo debierais á vuestros naturales consejeros; pues si sólo vos opinábais lo que acabáis de decir ¿que haríais? ¿resistiríais al poder de los reyes de Francia y de Alemania?»

Benito XIII consintió en proponer al consistorio de cardenales el plan del embajador. Reunióse el consistorio y dijo en él el cardenal de Amiens: «Nobles señores, de grado ó por fuerza debemos obedecer á los reyes de Francia y Alemania, porque al fin sin ellos no podemos vivir. El rey de Francia nos intima que si no le obedecemos nos privará del fruto de nuestros beneficios, y en tal caso ¿de qué viviremos?» Varios cardenales apoyaron el juicio del de Amiens, á lo que opuso Benito XIII estas palabras: «Deseo como el que más la unidad de la Iglesia; mas como quiera que Dios me ha provisto de la *papalidad*, y que vosotros mismos me la conferisteis, miéntras viva seré papa; y no he de renunciar el pontificado. No, no esperéis ni que por el Rey, ni por duque, ni por conde, ni por tratado alguno, ni por ningún medio ni proceso, venga yo en trato ni capitulacion que no esté basada en la conservacion y respeto á mi dignidad pontificia.»

Al obispo de Cambrai díjole Benito XIII: «Obispo, decid á nuestro hijo el rey de Francia que hasta aquí le hemos tenido por buen católico, y que ahora le vemos sumergirse en el error. De todas maneras, él se arrepentirá de la actitud que toma.»

Entónces el general Boncicant notificó á los cardenales haber llegado la hora de cumplir las instrucciones del Rey y del Consejo supremo.

Pocos días despues fué publicado un edicto real prohibiendo á los súbditos franceses todo acto que significara obediencia á Benito ó reconocimiento directo ó indirecto de su pontificado. Diez y siete cardenales se adhirieron públicamente al acto de la sustraccion de la obediencia. La duquesa de Anjou, los soberanos de Navarra y de Castilla imitaron al soberano de Francia.

En consecuencia de la actitud de las dos córtes y de sus soberanos, el general Boncicant empezó el sitio de Aviñon. Aquella ciudad se vió rodeada de tropas reclutadas al efecto. No resistieron los aviñoneses aquella avalancha de combatientes. La ciudad pontifical galicana abrió sus puertas á los soldados del Rey. El Papa fué sitiado en su palacio, que por precaucion había

convertido en formidable ciudadela. Más de un mes duró el sitio del palacio pontificio, y ninguna ventaja positiva había obtenido el ejército de la sustracción. Un asalto era poco menos que imposible.

Gemía la cristiandad sabiendo que el Papa gemía acorralado en su alcázar; valiosas protestas llegaban á oídos del Rey, y finalmente llegó á sus manos una carta del mismo Benito XIII, en la que trazaba con magistral mano los sufrimientos que le acarreaba su cautiverio, las ruinas de su palacio, los insultos de que era objeto, y suplicaba al Monarca que se dignara poner término á tan cruel tratamiento. El rey Carlos VI se conmovió á su lectura, y expidió orden de levantarse el sitio, dejando sólo una guardia al Pontífice. Terminó el sitio y el palacio empezó á ser prision. El ilustre prisionero no tardó en recibir proposiciones de arreglo. Las condiciones fueron prometer la cesion del pontificado en caso de cederlo su rival; presentarse al Concilio general donde sería elegido un papa á todas luces legítimo, y dar palabra de honor de no separarse de su palacio hasta que la union de la Iglesia fuese un hecho.

Benito aceptó. El Rey trató con rigor excesivo á los partidarios de su cautivo Pontífice. Los más notables quedaron detenidos en su poder y poco dignamente tratados. El cardenal de San Adriano no pudo soportar la tiranía que contra él se desplegaba; ensayó la fuga, pero fué reconocido en Aguas Muertas, cargado de cadenas, arrojado en un calabozo, y muerto de tristeza y de privaciones.

Semejante conducta del Rey no favoreció la union de la Iglesia. La opinion pública empezó á compadecer la situacion del Pontífice desgraciado. La Universidad de Paris protestó enérgicamente contra la sustracción de obediencia. El canceller Gerson y Nicolas de Clemangis, dos lumbreras de su siglo, sostenían que el desconocimiento de la autoridad pontificia, léjos de favorecer la causa de la union, hería de muerte la libertad eclesiástica, anonadaba el orden, la justicia, la disciplina, despertaba la simonía, favorecía el error y colocaba á la Iglesia bajo el yugo del poder seglar. Añadían los sabios de la Universidad, que la renuncia del pontificado, que con tanto ardor se deseaba, nada significaría sino fuese libremente consentida. *Cum de vi et proprietate cessionis sit ut libere fiat et nullo modo exacta.* El duque de Orleans sostenía que la cautividad del Papa era un enorme escándalo, y hasta llegó á decir ante el Rey y los príncipes sus tíos, que tenía vehementes tentaciones de ir personalmente á abrir á Bonifacio XIII las puertas de su prision.

La libertad del Pontífice fué reclamada por cancellerías y por universidades. Esperábase cada día la atmósfera favorable al reanudamiento de la obediencia, y hasta el Rey había hecho preparativos para celebrar una asamblea en la que se acordara de qué modo podría terminar el grave conflicto, cuando Benito, cansado de cinco años de más ó menos riguroso cautiverio, preparó su evasion. Llegado el oportuno momento, partió Benito XIII, llevando en una caja de plata la santa Eucaristía. La evasion se verificó venturosamente. Libre el Papa, casi fué unánime el grito de los franceses reclamando se reanudara la interrumpida obediencia al Papa ya libre; bien que sin descuidar la adopcion de los procedimientos conducentes á la union.

En fin, la restitucion de la obediencia fué acordada en una asamblea convocada al efecto de deliberar sobre ella.

Dios salvó á la Francia en aquella ocasion del precipicio á que le empujaban la altivez y el amor propio de sus magnates. Separada del pontificado, aquella nacion iba sumergiéndose en el caos del seglarismo. El Estado absorbía todos los derechos y atribuciones de la Iglesia, y la independenciam religiosa había sido á no tardar proclamada en aquel pueblo, que hasta entonces se gloriara de ser el porta-estandarte de la Iglesia.

No seguiremos á Benito XIII en el camino del cisma que desgraciadamente sostuvo. No, aquellas luchas entre las dos secciones de la cristiandad no deben figurar en esta historia.

Si en los dominios de la jurisdiccion de Benito hubo escándalos y peligros como los que acabamos de relatar y que se conocen por el lema *sustracción de obediencia*, no fué todo edificante lo que pasó en el círculo de los dominios del papa romano.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA.

Esta obra monumental de historia de España, escrita por el Sr. don Antonio de Sotomayor, es una de las más importantes que se han publicado en el mundo. Contiene una gran cantidad de datos y noticias que son muy interesantes para todos los que se interesan por la historia de España. La obra está dividida en varios tomos, y cada tomo contiene un período de tiempo determinado. La obra es muy completa y detallada, y es una de las mejores que se han publicado en el mundo.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Esta obra monumental de historia de Francia, escrita por el Sr. don Antonio de Sotomayor, es una de las más importantes que se han publicado en el mundo. Contiene una gran cantidad de datos y noticias que son muy interesantes para todos los que se interesan por la historia de Francia. La obra está dividida en varios tomos, y cada tomo contiene un período de tiempo determinado. La obra es muy completa y detallada, y es una de las mejores que se han publicado en el mundo.

LA VUELTA POR ESPAÑA

Esta obra monumental de historia de España, escrita por el Sr. don Antonio de Sotomayor, es una de las más importantes que se han publicado en el mundo. Contiene una gran cantidad de datos y noticias que son muy interesantes para todos los que se interesan por la historia de España. La obra está dividida en varios tomos, y cada tomo contiene un período de tiempo determinado. La obra es muy completa y detallada, y es una de las mejores que se han publicado en el mundo.

EL REMORDIMIENTO O LA FUERZA DE LA CONCIENCIA

Esta obra monumental de historia de España, escrita por el Sr. don Antonio de Sotomayor, es una de las más importantes que se han publicado en el mundo. Contiene una gran cantidad de datos y noticias que son muy interesantes para todos los que se interesan por la historia de España. La obra está dividida en varios tomos, y cada tomo contiene un período de tiempo determinado. La obra es muy completa y detallada, y es una de las mejores que se han publicado en el mundo.

ILUSTRACION RELIGIOSA - LAS MISIONES CATOLICAS

Esta obra monumental de historia de España, escrita por el Sr. don Antonio de Sotomayor, es una de las más importantes que se han publicado en el mundo. Contiene una gran cantidad de datos y noticias que son muy interesantes para todos los que se interesan por la historia de España. La obra está dividida en varios tomos, y cada tomo contiene un período de tiempo determinado. La obra es muy completa y detallada, y es una de las mejores que se han publicado en el mundo.

GALERIA CATOLICA

Esta obra monumental de historia de España, escrita por el Sr. don Antonio de Sotomayor, es una de las más importantes que se han publicado en el mundo. Contiene una gran cantidad de datos y noticias que son muy interesantes para todos los que se interesan por la historia de España. La obra está dividida en varios tomos, y cada tomo contiene un período de tiempo determinado. La obra es muy completa y detallada, y es una de las mejores que se han publicado en el mundo.

LOCOS PROPTICAS

Esta obra monumental de historia de España, escrita por el Sr. don Antonio de Sotomayor, es una de las más importantes que se han publicado en el mundo. Contiene una gran cantidad de datos y noticias que son muy interesantes para todos los que se interesan por la historia de España. La obra está dividida en varios tomos, y cada tomo contiene un período de tiempo determinado. La obra es muy completa y detallada, y es una de las mejores que se han publicado en el mundo.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros días. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 110 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros días, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA. — LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERÍA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced; D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildelfonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pío IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hacia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.